

Cabalgó sobre el Puelche, centauro en la
[tormenta,
cargó contra tres siglos de sombra colonial.
Carrera en peumo puro labró la eterna ar-
[tesa
para que aquí amasara su pan la Libertad.

Fue bandera y campana, fue reloj y astro-
[labio
por sobre los zaguanes con sombra y tela-
[rañas.
Herraduras de audacia calzaba su caballo
y un Sinaí de Patria le ardía en las entra-
[ñas.

¡Clarín y torbellino, cordillera de fuego!
Impar ejecutoria de ser el combatiente
primero y solitario. ¡Dimensión de Dios
[griego
tuvo toda su gesta desolada y ardiente!

Paredón de Mendoza... Cortó el aire un
[pañuelo
de la Patria en neblina, adorada y ausente;
saludó el General a los diez fusileros,
y abrumado de gloria... ¡Se acostó con la
[Muerte!

Muerte del General Carrera

Cajas de luto en Mendoza,
murió el General Carrera...
Llorando van por el cielo,
un húsar de calaveras,
dragones de terciopelo,
infantes de Yierbas-Buenas.

Negro patíbulo, negro.
Bronce y laurel, Carrera,
altiva flor de desgracia,
montón de tierra chilena;
besó a la muerte en la cara
como a una niña morena...

Ocho copihues de sangre
le dieron los fusileros...
Los recibió con pie firme,
el tercio perfil, sereno;
un bravo puma de Chile,
tendido en suelo extranjero.

Alto en la muerte, más alto
que la blanca cordillera,
cortaron con un cuchillo
la cabeza de Carrera
y en la torre del Cabildo
la pusieron por bandera.

Y en la torre del Cabildo,
del Cabildo de Mendoza,
la cabeza de Carrera
dormía almohadas de gloria,
de sangre, de fuego y cera.
¡Silencio de cantimploras!

En un caballo celeste,
se fue el General Carrera...
Lo escoltaban por el cielo,
un húsar de calaveras,
dragones de terciopelo,
¡infantes de Yierbas-Buenas...!

ROBERTO MEZA FUENTES

Romance de un patíbulo

Don José Miguel Carrera,
que prisiones padecía,
está esperando en Mendoza
la hora de su agonía.

Al promediar la mañana
una carta le escribía
a su adorada Mercedes,
que, con la luz de este día,
verá extinguirse los ojos
del hombre que la quería.

Ya va subiendo al cadalso
con la mirada encendida
Don José Miguel Carrera
que tanto sufrido había
por mecer entre sus brazos
la patria recién nacida.

Chile le duele en el alma
como una invisible herida:
Don José Miguel Carrera
por ella dará la vida.

Niños y ancianos concurren
a contemplar la partida.

El viajero ha de alejarse
de las playas de la vida
y la multitud va viendo
navegar su vela henchida
en busca desesperada
de tierra desconocida.

Pueblo incivil, pueblo triste
que sufre la tiranía:
Don José Miguel Carrera
con qué desprecio lo mira.

Al pelotón de la muerte
con su altivez desafia
y unos mancebos se burlan,
y unas mujeres lo admiran:
¡Don José Miguel Carrera
las besa con la sonrisa.

No lleva a Dios en los labios
(en el alma lo sentía)
y le dice al sacerdote
que está su conciencia limpia,
que no tiene otro pecado
que amar su patria oprimida
y que le taladra el pecho
la orfandad de su familia.

¡Don José Miguel Carrera
horada la lejanía.
Está contemplado el patio
de la su infancia florida:
el padre que lo adora,
la madre que lo mecía,
las cinco tiernas criaturas
que en su amor se engrandecían,
el cadalso que el recuerdo
de los hermanos sublima,
y mira la cordillera
que ha de llevar la noticia
de su muerte y su martirio
allá en la tierra argentina.

¡Don José Miguel Carrera
serenamente suspira.

El acarició en su cuna
la patria recién nacida
y la llevaba en el alma
clavada como una herida.

Verla sufrir o saberla
dolida o envilecida
envenenaba las horas

tan lentas de su agonía
y por verla libertada
o saberla redimida
¡Don José Miguel Carrera
ya va a entregarle la vida.

En el balcón de la plaza
ve a unas damas mendocinas.

¡Don José Miguel Carrera
gallardamente se inclina
que no ha de segar la muerte
la flor de su cortesía
y al verdugo de la mano
vendas y amarras le quita
porque no muere un soldado
sin mirar la luz del día.

¡Don José Miguel Carrera
la tierra triste ilumina.

El montonero gallardo
está sentado en la silla;
tiene una mano en el pecho
y el corazón le palpita:
va contando los minutos
en el reloj de la vida,
la mano serena y noble
el corazón les indica.

El pelotón de la muerte
recibe la orden maldita.

¡Don José Miguel Carrera
aprueba con la sonrisa.

¡Los plomos de la descarga
le rompen la frente erguida
y le atraviesa la mano
que el corazón les indica.

Lirio de muerte es la cara
con su palidez divina
y de las magulladuras
le mana sangre bendita
¡Don José Miguel Carrera
resplandece en la agonía.

¡Mandan colgar del palacio
que los tiranos regían
el brazo derecho y firme
y la cabeza bravía
del apolíneo caudillo,
mártir de su rebeldía,
que, por amor a su patria,
perdió, sonriendo, la vida.

Con la muerte y el martirio
Carrera resplandecía.

La muerte le dio a su cara
una blancor marfilina,
la mirada de sus ojos
clava una luz aquilina,
de pavor tiembla al mirarlo
la turba que lo asesina
y el brazo como una antorcha
las tinieblas ilumina
y la cabeza ultrajada
frente a los Andes culmina.

¡Don José Miguel Carrera
es una imagen divina.

Nunca, nunca, ha de olvidarlo
el pueblo que lo quería:
irá creciendo su imagen
y su pasión encendida
y el ansia que alimentaba
hallará, en su muerte, vida.

Patíbulo de Mendoza,
a tres hermanos tú miras

y tu verdugo persigue
la flor de la gallardía;
a las cabezas más claras
su mano las decapita;
pero, a través de los años,
esa sagradas cenizas
cantan en mi corazón,
palpitante urna votiva
donde arde siempre el recuerdo
con perenne llama viva.

Mirando a través de un siglo
en mí florecen las rimas
como el musgo melancólico
en tus fatídicas ruinas.

¡Don José Miguel Carrera
en ellas perdió la vida.

Así trataba a sus héroes
la patria recién nacida.

Cinco Romances de la Patria. Imprenta Universitaria. Santiago de Chile, 1954, págs. 39 a 44.

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

Responso para José Miguel Carrera

I

Avanzas de la muerte en un latido.
Hasta nosotros vacilante vienes
y una rosa en el hueco de tus sienes
se cimbra en el silencio como un nido.

Contigo llega el viento de la hazaña
del Húsar de Galicia en un caballo
que herido cae envuelto en el desmayo
de la sangre magnífica de España.

Tu senda entonces dibujó el futuro
y en luz y entraña se templó de nuevo
para la bizarría del mancebo
y complacencia del destino duro.

Lejos, la patria tras el mar lucía
entre cristales su perfil de olivo
y de ella el corazón era cautivo
en el umbral de su melancolía.

II

España quedó atrás toda dorada
en el imperio de su primavera
y el alma generosa de Carrera
fue como vela por el mar combada.

La casa hidalga ardió de regocijo
y el padre sonrió desde sus canas
y en un lento rebato de campanas
descendieron las lágrimas del hijo.

Después vino el amor entre destellos
creció la sombra, el desgraciado sino
y vio el joven atada a su destino
a la muerte tocando sus cabellos.

III

La Patria Vieja tu perfil grabado
tiene en sus metales, y azucenas
para ti se alzan siempre en Yervas-Buenas,
General de la Patria desdichado.

Atravesaste en tu caballo el viento
que movía el trigal de la Argentina
y cuántas veces una fresca encina
pudo enjugar tu rostro polvoriento.

IV

Mirando a los fusileros
erguiste el rostro patricio,
tan cerca de la montaña,
de la esposa y de los hijos.